

algunas veces con respecto á los herejes y los idólatras. Impulsado por la intolerancia, escribió á los reyes que no consintiesen que ningún extranjero fuese á establecerse en el país á ménos que fuese buen cristiano, puesto que habia sido descubierto únicamente para gloria del cristianismo. Hizo prisioneros á muchos caribes, y aconsejó por la salvacion de sus almas que se llevase un gran número de ellos á España, en donde podrian cambiarse por ganado y víveres, y aun él mismo envió quinientos para que fuesen vendidos en Sevilla.

Sacrificaba así á las ideas de su siglo, que creía que el judío, el moro y el hereje, estaban fuera de la ley de la humanidad; y aun cuando no se hubiese establecido todavía nada con respecto á los indígenas de la América, se veía obligado á satisfacer la codicia antes que la humanidad, para acallar las exigencias del tesoro, y obtener el permiso de continuar sus descubrimientos, mostrando por experiencia cuales eran sus resultados. Además, se halla en la naturaleza del hombre, el traspasar en el calor de los sucesos los límites que sabia distinguir perfectamente en un principio; Colon encontrando en aquellos salvajes resistencia ó incapacidad para el trabajo, se persuadió de que eran de una raza inferior á la nuestra, ó quizá peor.

La misma Isabel, tan benéfica para los indios, consintió luego en que se les obligase á trabajar y se les trasladase de un lugar á otro. Y esto se hacia proclamando siempre la libertad innegable de los indígenas; y aún se fueron permitiendo sucesivamente las bárbaras de que fueron víctimas. La política lo aconsejaba así, decían, y sus exigencias justifican por lo comun todas las iniquidades.

Los lamentos de aquellos desgraciados (1495), y los murmullos de los nuevos colonos llevados á España por gentes hostiles al almirante, disminuyeron su crédito; y aunque los reyes se inclinaban á guardarle consideraciones, y á pesar de que repetía que debía juzgársele, no como gobernador de un país organizado, sino como conquistador de una poblacion salvaje, se dirigieron contra él graves acusaciones. Se aprovechó aquella ocasion para disminuirle las amplias concesiones que se le habian prometido cuando su proyecto no parecia más que un sue-

ño. Se autorizó á todo el que quiso ir á la Española para hacer descubrimientos; además fué enviado á aquellos países Juan de Aguado, para hacer una informacion de los abusos denunciados, el cual abusó de sus poderes para complacerse en atormentar á un grande hombre y agravar los males de Colon, que enfermo y abismado en una profunda melancolía, veía desvanecerse los dorados sueños de su primer viaje.

Conoció, pues, la necesidad de presentarse en Europa; pero sin experiencia de los vientos y deseo de explorar otros parajes, tuvo que hacer una travesía de ocho meses; llegó por fin al puerto (1496), y vestido de fraile, con la barba larga y la cabeza baja, pasó por medio del pueblo, cuyo favor, siempre veleidoso, habia ya perdido. Hablaba bien todavía de aquella India, de aquel Ofir á que habia llegado; pero se habia deshecho el encanto, aunque hacia por reanimarle, mostrando los objetos raros que habia traído, y que siempre parecian inferiores á las esperanzas que se habian concebido. Los reyes se ocupaban por aquel tiempo en fomentar las intrigas en Europa, y para disputar un rincon de la Francia ó de la Italia, prodigaban los tesoros y navios de que tan avaros se mostraban, cuando tenian un mundo entero que adquirir. Fernando pedía oro, le necesitaba para su política bastarda, y como no se le daba bastante, era preciso proporcionárselo vendiendo los naturales como esclavos.

Por último se decidió una tercera expedicion (1497), y se preparó con el apoyo de Isabel, que conservaba siempre gran interés y respeto hácia aquel Colon para con quien Fernando manifestaba tanta indiferencia. Sin embargo, el entusiasmo público se habia apagado; prestábase oídos á la maledicencia, y en vez de ver correr apresuradamente á la multitud, fué preciso autorizar á los oficiales de la corona para que tomasen los buques mercantes que fuesen á propósito para el viaje. El mismo Colon propuso que se embarcara á los criminales, que en vez de caminar al patíbulo, fueron á poblar aquellas tierras afortunadas; á tan extremadas medidas obligaba á recurrir la necesidad de obtener recursos y de luchar contra una malignidad activa é infatigable.

Colon levantó el áncora para su tercer viaje con seis buques, y se dirigió hácia la línea per-

suadido como sus contemporáneos (30 de Mayo de 1498), de que las tierras más cálidas encerraban mayores riquezas minerales. Sobrevinieron en el camino las espantosas calmas del Ecuador, y llegó por fin á una nueva isla, la de la Trinidad; despues avanzó hasta la embocadura del Orinoco, en donde la multitud de perlas y la inmensa fertilidad del terreno, le hicieron creer que habia llegado al paraíso terrenal.

La colonia de la Española debió, por el contrario, parecerle un infierno, á pesar de cuanto pudiera haber hecho la sabiduría de su hermano Bartolomé. La habia invadido una turba de nobles «de los que el más instruido no sabia el Credo ni los Diez mandamientos.» Por manera que todo era allí confusion y discordia intestina, que en las adversidades suele ser el colmo de todos los males. Durante aquel tiempo llegaban continuamente quejas á España, y la reina Isabel se conmovia extraordinariamente al escuchar los establecimientos de los naturales reducidos por Colon á esclavitud cuando eran cogidos en la guerra, y á la vista de las mujeres y niños enviados á España, en tanto que Colon reclamaba continuasen todavía por algun tiempo aquellas medidas con respecto á los indios. En su consecuencia hizo partir á Francisco de Bobadilla con poderes ilimitados para informarse del verdadero estado de la colonia. Despótico y violento este comisario régio escuchó las relaciones sugeridas por el odio á intrigantes y ambiciosos, y aún la gritería de una raza turbulenta, é hizo prender brutalmente á Colon que se vió reducido á atravesar encadenado aquel mar Atlántico que habia abierto el primero á la ingrata Europa.

Las cadenas con que se le habia oprimido las conservó como un monumento de la injusticia de los hombres; y yo, dice su hijo, *las he visto siempre colgadas en su gabinete, y quiso que fuesen sepultadas con él.*

Semejante indignidad devolvió á Colon el favor del pueblo, y apareció en toda su desnudez la injusticia de sus enemigos. Los reyes le mandaron inmediatamente poner en libertad, le recibieron dignamente, y llamaron á Bobadilla; mas no por eso reintegraron á Colon en sus honores, y aún se hizo partir á Ovando en su lugar con una magañica escuadra de treinta

buques. Porque el carácter dominante de la política española era un exquisito cuidado en no dejar engrandecerse á nadie, interrumpir las empresas á medio hacer, quitar los medios de llevarlas á cabo, rehusar y restringir las concesiones y ocultar la gloria de otro con tan gran esmero como otras naciones hubieran puesto en proclamarla. Encontraremos de esto muchos ejemplos.

Para conocer íntimamente á Colon es preciso estudiar en sus cartas los repentinos movimientos de su alma apasionada é impresionable por la influencia de su génio, del infortunio y de la piedad. En sus viajes cada nueva isla le parecia más hermosa que las anteriores. Siente que las expresiones le faltan para describir el encanto y la variedad. ¿Se encuentra entregado á los negocios? no le distraen del estudio, y el cuidado de los intereses materiales no embota en él la admiracion por la naturaleza. Si se encuentra perseguido, abandonado, se queja, pero sin bajeza, y como un hombre que tiene la conciencia de sus derechos. ¡Qué profunda melancolía respira su *Lettera rarissima*, gemido de un alma destrozada por una larga série de iniquidades y perdidas sus más ardientes esperanzas! y no obstante, permaneció fiel á su soberano ingrato, cuando hubiera podido prestar á otros sus preciosos servicios.

La fé, ó si se quiere la imaginacion, le sostenia en los reveses: se figuraba enviado por el cielo, y creía que sus visiones procedian de arriba. Tomaba con frecuencia el traje monástico, y todas las tardes hacia entonar en sus bajajes la *Salve Regina*. Su testamento contenia legados para fundar capillas y hacer decir misas. Conservando lejos de Génova el amor á la patria, dispuso, en favor del banco de San Jorge, de una renta que hubiera sido considerable si se hubiesen cumplido las promesas que se le habian hecho, y hasta en su lecho de muerte hizo en ventaja suya un codicilo militar.

Si el entusiasmo hacia que Colon fuese muy apto para los descubrimientos, no era lo mismo para la organizacion del país; precisado por otra parte á satisfacer pedidos incesantes de oro, no se pudo ocupar de las ventajas más reales que se podia esperar de las colonias. Este fué el error de todos sus contemporáneos, pero por lo demas todo lo exploraba, y pensaba fun-

dar ciudades con una administracion regular y en hacer florecer la agricultura. «Estamos bien ciertos, escribia él al rey cuando su segundo viaje, y el hecho lo prueba, que el grano y la viña, se darán perfectamente en esta region. Es necesario aguardar el fruto; y si está en relacion con la prontitud con que crecen el trigo y el mugron que se ha plantado en pequeño número, es indudable que los productos de este país no serán inferiores á los de Andalucía y Sicilia. Lo mismo acontece con la caña de azúcar, de las cuales hemos plantado algunas que han correspondido admirablemente á nuestras esperanzas. La hermosura del suelo de estas islas, las mortañas, los valles, las aguas, los campos regados por considerables arroyos, todo, en fin, es tan maravilloso, que no hay país bajo el sol que pueda ofrecer en conjunto más hermoso aspecto y un terreno más fértil.» Y en la relacion de su tercer viaje: «Hacen uso del maíz, que es una simiente contenida en una espiga como la del trigo. He llevado de ella á Castilla, donde hay mucho, pero parece que los agricultores consideran á este como mucho mejor, porque apreciaban mucho sus simientes.»

Los que le motejan de avaricia por las minuciosidades domésticas á que desciende escribiendo á su hijo Diego, no recuerdan ni el estado precario á que le habia reducido la vergonzosa ingratitud de la España, ni la recomendacion que dirige á su hijo de emplear las riquezas esperadas en el sostenimiento de cuatro profesores de teología, y aún mayor número en Haití; construir allí un hospital y una iglesia en honor de la inmaculada Virgen con un monumento de mármol; en fin, depositar en el banco de San Jorje, en Génova, fondos destinados para la expedicion de la Tierra Santa, si los reyes no se ocupaban de ella, ó socorrer al papa en el caso en que el cisma le amenazase con perder su clase y bienes.

En el día se rien del hombre del siglo XV que esperaba sacar con aquel oro gran número de almas del purgatorio; pero ¿quién se reirá del creador de un nuevo mundo, si esperaba ostentando sus riquezas, animar á los españoles á perservar en la conquista del país que les habia procurado? Ahora bien, esta intencion era en él tan generosa y desinteresada, que

habiéndole ofrecido los reyes un dominio de veintitres leguas de longitud y doble anchura en Haití, con el título de marqués ó de duque, le rehusó, porque los cuidados que aquel dominio hubiera reclamado, le hubieran impedido dirigir su pensamiento sobre todas las Indias.

La ingratitud no le desanimó, y despues de haber insistido en la cruzada, y recogido los pasajes de la Escritura que á ella se refieren, imploró el favor de hacer un nuevo viaje, para penetrar en los opulentos reinos descritos por Marco Polo. Se dedicaba con tanto más ardor á ello, cuanto que acabada de abordar Vasco de Gama por otro camino, y Cabral habia descubierto el Brasil. No pudo obtener más que cuatro carabelas, de las cuales la mayor era de sesenta toneladas, y á la edad de sesenta y seis años se preparó á dar vuelta al globo. No se le quiso siquiera recibir en la Española para reparar sus barcos averiados. ¡Quién desde Job, exclamaba, no hubiera muerto de desesperacion al ver que, aun cuando me iba la vida y la de mi hijo, la mi hermano y la de mis amigos, nos vedaban la tierra y los puertos descubiertos á precio de mi sangre? Despues de haber escapado á un huracan que habia previsto, y que sepultó los barcos cargados con las riquezas mal adquiridas que llevaban á España Bobadilla y Rolando jefe de los rebeldes, arribó á Cuba. Habiéndose dedicado entonces en busca del Cathay, se obstinó en creer que encontraria á lo largo del istmo de Darien, un estrecho que le llevaria á los mares orientales; lo cual le separó de Méjico, cuyo descubrimiento hubiera hecho brillar una nueva gloria en la pálida declinacion de sus días.

Colon naufragó en las costas de Jámica, y enfermo de espíritu y cuerpo, sitiado por los naturales al mismo tiempo que se amotinaban sus marineros, languideció allí durante un año, despues de haber pedido en vano socorros y pan á la Española. Entonces fué cuando se ganó el respeto de los naturales y obtuvo víveres prediciendo un eclipse. Pareció refugiarse desde este momento más en le fé, y encontrar en visiones del cielo el consuelo que le negaba el mundo. «Agobiado, escribe, por tantos males, me habia dormido, cuando oí una voz entre reprensiva y lastimosa: ¡Hombre insensato, lento en creer y servir á tu Dios! ¿Qué más hizo por Moisés y por

David, su servidor? Desde tu nacimiento, te ha sido siempre solícito. Cuando has llegado á una edad conveniente, ha hecho resonar maravillosamente toda la tierra con tu nombre. Las Indias, esta parte tan rica del mundo, te las ha concedido dejándote dueño de dar su parte en ella á quien quisieras. Las árdidas barreras del Océano, te han sido abiertas, una infinidad de países te han sido sometidos, y tu nombre se ha hecho famoso entre los cristianos. ¿Hizo Dios más por el gran pueblo de Israel, sacándolo de Egipto, ó por David elevándolo desde el estado de pastor al de rey? Dirijete, pues, á él, y reconoce tu error, porque su misericordia es infinita. Si queda alguna gran empresa que cumplir, no sea obstáculo tu edad. ¿No pasaba Abraham de cien años cuando engendró á Isaac? ¿Y Sara era acaso joven? Tienes el corazón abatido y pides socorros en alta voz. Responde: ¿quién ha ocasionado tus aficciones, tus penas tan vivas y reiteradas? ¿Dios ó el mundo? Dios no te ha faltado en sus promesas, y despues de haber acogido tus servicios, no ha dicho que tal no ha sido su intencion y que le habias comprendido mal. Lo que promete lo cumple y aún algo más. Lo que te sucede ahora es la recompensa de las fatigas que has sufrido por otros señores. Escuchaba todas estas cosas como un hombre medio muerto, y no tuve fuerza para contestar á un lenguaje tan cierto. Todo lo que pude hacer fué llorar mis culpas. El que me habia hablado, sea el que fuere, terminó añadiendo: ¡No temas nada; ten confianza! Todas estas tribulaciones están escritas en mármol y no sin motivo.

En fin, Colon volvió á emprender el camino de España, y aquí acababan sus gloriosos trabajos. En su tercer viaje habia tocado en el continente americano; en el cuarto arribó á los países más opulentos, pero sin saberlo. Su objeto de enseñar un paso para las Indias habia faltado, y aunque mostró en esta última tentativa más habilidad como marino que en las anteriores, desplegando la energía de un héroe, no obtuvo los aplausos populares; la ingratitud y la miseria, ésta fué su recompensa. Frustrado en los derechos que le habian sido prometidos despues de haber adelantado dinero á los que le habian acompañado en su cuarto viaje; obligado á sostener honrosamente su clase de de gran almirante y virey, se vió reducido á

vivir de prestado. Despues de veinte años de servicios, escribia á su hijo, tantas fatigas y tan grandes peligros, no poseo en España un techo que guardezca mi cabeza: si quiero comer y dormir, tengo que ir á la hospedería, y con frecuencia no tengo con que pagar la parte que me toca. Así es, que obligado á vivir con la más escríta economía, suministró á esos hombres generosos, de que suele abundar el mundo, el pretexto de atribuirlo á la avaricia italiana.

Su protectora Isabel habia dejado de existir. Despues de repetidas instancias, Fernando le permitió fuese á verle á caballo, pues le era imposible montar una mula, y le recibió con frias protestas de estimacion y benevolencia. Es cierto que las primeras promesas de la córte de España, son un testimonio de que no se creia en sus descubrimientos, porque casi le concedian la soberanía; los cargos hereditarios son además demasiado absurdos, y especialmente los de aquella importancia.

Pero en vez de reflexionar antes de empeñar su palabra, sólo despues de haber visto la inmensidad de la conquista, fué cuando Fernando, ingrato para con quien ya no necesitaba, se desentendió de sus compromisos, y al cabo de mil dilaciones y entorpecimientos concluyó por negarle el título de virey. Sin embargo, Colon yacia sumido en la mayor miseria, eclipsado por nuevos y más felices navegantes, como Vespucio, Cortés y Pizarro, que por medio de la explotación de las minas, hicieron triplicar repentinamente el precio de los granos, y bajar los valores nominales. A estos motivos de pesar reunia Colon, el de saber cuánto tenian que sufrir los indios de la Española, que debia mirar como á sus hijos. Son, sin embargo, la verdadera riqueza de la isla, cultivan la tierra, y preparan el pan de los cristianos; escavan las minas de oro, y sufren toda especie de fatigas, como hombres y como bestias de carga. Desde que dejé la isla he oído decir que las cinco sextas partes de los habitantes han muerto víctimas de bárbaros tratamientos, y de la mas fría inhumanidad; unos por el hierro, otros á golpes, muchos de hambre, y la mayor parte en las montañas y cavernas á donde se habian refugiado, por no poder soportar las fatigas que se les imponian. En estos terminos escribia al rey; y añadia, que con respecto á él, si habia enviado

algunos indios á España para que fuesen vendidos, lo habia hecho siempre en la persuasión de que serian instruidos en la religion católica, en las artes y usos de Europa, y que entonces podrian volver á la isla, para ayudar á sacar á sus compatriotas de la estupidez é ignorancia.

A pesar de tantos desengaños, Colon continuó formando nuevos proyectos, aunque tenía la certidumbre de que no los podria realizar; miserable y atormentado de la gota, escribia todavía al rey, hablándole de los grandes servicios que se sentia capaz de prestarle; y en fin, llegó el momento en que los disgustos que habian ido minando su existencia cortasen el hilo de su vida. Murió en Valladolid el 12 de Mayo de 1506.

El amor habia dulcificado algun tanto sus padecimientos; tuvo de la portuguesa Felipa de Palestrello á don Diego, y de Beatriz Enriquez un hijo natural, llamado don Fernando, que vivió en la corte de Carlos V hasta 1539, y escribió la *Historia del almirante*, su padre.

Don Diego hubiera debido suceder á su padre en sus derechos al vireinato de las Indias, y al diezmo de las ventas; pero la España, sintiendo su imprudente generosidad, le promovió, con toda la sutileza de la ingratitude, un proceso en que se esforzó en acumular las más fútiles y vagas inculpaciones. Presentáronse veinte testigos para justificar que Colon habia tenido noticia del Nuevo Mundo por un libro que existia en la biblioteca de Inocencio VIII, y por un cántico de Salomon que indicaba el nuevo camino de las Indias, y aún se citaron entonces todas las autoridades de que hiciera mencion Colon para conseguir que se le creyese. Esto sirve únicamente para probar cuán malamente se le ha querido arrebatar despues la gloria de unos descubrimientos, que ni aún los ardidés del fisco pudieron arrancarle. Y en efecto, las conjeturas fabricadas en aquella época y despues sobre el conocimiento de descubrimientos anteriores, se desvanecen bien pronto si se reflexiona en la incredulidad con que en un principio fueron escuchadas las promesas de Colon.

Aquel proceso produjo muchos disgustos á don Diego, aunque habia procurado proveerse de los medios necesarios en España para triun-

far, casándose con una sobrina del duque de Alba. Las eventualidades tomaron peor aspecto, cuando á un rey que debia al ménos apreciar la memoria de Colon, sucedió el impasible Carlos V. Así pasó toda su vida, ocupado en defender la memoria de su padre y su propia reputacion. Despues de él, su hijo Luis renunció sus pretensiones mediante una renta anual de mil doblones con los títulos de duque de Veragua y marqués de la Jamaica.

Los reyes quitaron á Colon la dominacion de los países que le pertenecian, y los escritores le arrebataron la gloria de darles nombres. Sólo despues de largo tiempo se multiplicaron en los Estados-Unidos, los que habia puesto á otras regiones. Por último, en el siglo pasado (1795), obligados los españoles á abandonar á los franceses la isla de Haiti, en que habia sido sepultado Colon, trasladaron sus cenizas con las de don Diego y Bartolomé, á la Habana, solemnidad afectuosa, en que no se mezclaron maldiciones como en las de otros héroes. Finalmente, Bolivar quiso adornar con el nombre de Colombia la república fundada por sus victorias.

¡Justicia tardía!... No le quedó á Colon más que la felicidad de haber llevado á cabo una grande obra: dicha que no comprenderán jamás las almas embotadas en una negligente ociosidad.

CAPITULO IV.

Méjico.

El país descubierto por Grijalva ofrece á las miradas multitud de maravillas, y se contaban aún muchas más; lo cual inspiró á Velazquez, gobernador de Cuba, el deseo de conocer con certeza lo que habia de verdad en estas relaciones. Pero sin talento ni valor, resolvió confiar la empresa á un hombre cuya bravura y talentos no fuesen de temer, y que, contentándose con una recompensa, dejase á otro la gloria y los beneficios.

Hernan Cortés, nacido en Medellin (1485), en Extremadura, de una familia como hay muchas en España, noble como el sol, pobre como la luna, fué educado con cuidado para el foro, que pronto abandonó por la carrera de las armas (1504). Seducido por las noticias que cir-

culaban del Nuevo Mundo, pasó á la edad de diez y nueve años á la Española, y desde allí hizo con Velazquez la expedicion á Cuba (1511), donde dió pruebas de gran valor personal, unido á la perseverancia y franqueza que gana los corazones.

Permaneció, sin embargo, hasta la edad de treinta y tres años confundido en la multitud de aventureros que acudian por moda á América, hasta el momento en que el gobierno, informado de que Grijalva habia reconocido la Nueva España, buscó, segun su sistema de ingratitude de costumbre, un hombre nuevo para confiarle el cuidado de conquistarla. Cortés, en quien recayó la eleccion, pudo desplegar en ella la constancia y la intrepidez á las que debió la gloria de cumplir los más grandes hechos, con los más débiles medios. Se dió á la vela con diez barcos, en su mayor parte sin cubierta, seiscientos á setecientos hombres, diez y ocho caballos comprados á un enorme precio, trece mosquetes y catorce pequeños cañones, para ir á conquistar un imperio más extenso que el de Alejandro. Precedido por una cruz, en la cual estaba escrito: *Vencerás con este signo*, tenia la confianza de convertir á los idólatras y saquear á su país. Acababa de marchar cuando el entusiasmo que habia manifestado causó recelos, y se trató de detenerle ó hacerle cambiar de direccion; pero él se habia adquirido la confianza de los suyos, y pudo, á despecho de las intrigas, continuar su camino, con la necesidad de conseguir su objeto ó verse condenado como culpable de felonía.

El extenso estanque que rodea á los dos lagos de Tezcucó y Chalco, llamado *Anahuac* (país entre los mares), es un valle que se eleva á 2.200 metros más alto que el nivel del mar, es decir, á más elevacion que ciertas cimas de los Alpes, y que la mayor parte de los lugares habitados. Forma el centro del imperio de Méjico, que se extiende entre los 15° y 55', y el 42° del paralelo. Era habitado por pueblos de diversa lengua y naturaleza, cuyo origen no se conoce bien, pero que de seguro son muy antiguos. Las tradiciones recogidas por los primeros analistas, y consignadas en los cuadros históricos de los aztecas, refieren que el año 544 de J. C. entraron allí los toltecas, que buscaban tierras y climas mejores, y que permanecieron

bajo los reinados de ocho reyes hasta 1502. Era un pueblo civilizado que cultivaba las artes, regido por buenas instituciones, como lo fueron los pelasgos con respecto á los griegos antiguos, y que llevó al país maiz, algodón y otras plantas útiles. Sabian fundir los metales y trabajar las piedras preciosas. Versados en la astronomía, introdujeron un calendario nuevo, y erigieron en honor del dios Quetzalcoatl las pirámides perfectamente orientadas de Cholula, de Papantla y de Tehuacan; construyeron tambien para hacer su capital, la ciudad de Tula, donde el astrónomo Uemazin compuso en 708 una especie de enciclopedia, que comprendia la historia, la mitología, el calendario y las leyes de la nacion.

La razon y los monumentos manifiestan que Méjico estaba civilizado anteriormente á aquella época, y probablemente los tolquetas no hicieron más que recoger los frutos ó fecundarlos. La tradicion prosigue diciendo que en medio de su prosperidad una terrible sequía destruyó al país y á los hombres. La peste hizo lo demas, y los pocos restos que sobrevivieron se mezclaron con sus vecinos de Yucatan y de Goatemala, donde extendieron las formas de su culto.

Un siglo despues llegaron al país asolado, por el mismo camino del Norte, los tchichemecas, nacion más atrasada, habitando en cavernas, viviendo de la caza, dividida, no obstante, en nobles y plebeyos, gobernada por un rey y adorando al sol. Despues de haberse establecido en el país, adoptaron costumbres más civilizadas y se dedicaron tanto á la agricultura como al arte de tejer. Otras siete tribus les siguieron atraídas por la hermosura del país; despues los tlascaltecas y los acoloues, más civilizados que los demas, que, habiéndose unido por matrimonios y adquirido superioridad, fundaron diferentes dinastías, sometieron á los demas pueblos para instalarse en el Anahuac, y edificaron allí hermosas ciudades.

¿De dónde procedian? Se ignora. De todos modos es de notar que estas sucesivas invasiones acontecieron en la época en que la caída de la dinastia de los Tsin en China habia conmovido toda el Asia Oriental; que todos estos advenedizos entraron en el país por el mismo lado, que tenian el mismo idioma y el mismo culto,